



ACTO SEGUNDO.

Sala como en el primer acto.

ESCENA I

DON CARLOS.

Vaya, vaya, nunca ví
Un convite más gracioso:
Cierto que ha estado chistoso:
¡Oh, qué bien me divertí!
Cada loco con su tema:
Con sus chuscadas María;
Clara, la sabiduría,
Y mi suegra con su flema.
¿Mas la heroína de amor?
¡Eso es lo mejor del cuento!
Casi de risa reviento:
—¿Toma usted de esto, Leonor?
—No, Carlitos, me hace mal.
—¿Pues de esto otro?—Nada, nada;

Está mi alma circundada
 De una tristeza mortal.
 Haciéndose desdenosa;
 Y tal vez en la cocina
 Se ha soplado una gallina.
 Pero nadie más graciosa
 Que la vieja. ¡Qué tontera!
 ¡Qué barbarie! Qué idiotismo!
 Si no la oyera yo mismo,
 Juro que no lo creyera.
 ¿Y Juanito? Hecho un patán;
 Por nada pierde su calma:
 ¡Ay qué Juan, si tiene una alma,
 Una alma, como de Juan!
 En fin, he pasado un día,
 Si no bello, como en Francia,
 Comiendo con abundancia,
 Y charlando con María.
 Bella Mariquita, yo
 Para adorarte nací;
 Y me quedaré sin ti,

(Viendo el anillo.)

Mas sin la sortija, no.
 ¡Oh prenda del amor mio!
 En prueba de mi respeto,
 Guardarte bien te prometo...
 Mañana en el Monte-Pío.
 ¡Ay! ¿Quién te resiste, quién?

ESCENA II.

DON GARLOS, DON JUAN, que ha entrado
 algún tiempo antes, y ha oído los últimos versos.

- D. Juan.—Pues estará agradecida
 Si te escucha, tu querida:
 ¡Bravo Carlitos! ¡Muy bien!
 Aprecias mucho el valor
 De las prendas que te dan.
- D. Carlos.—Yo sé aprovecharme, Juan,
 De los dones del amor;
 Y te aseguro á fe mía,
 Que si así no hubiera sido,
 Con tantas que he recibido,
 Pareciera mercería.
- D. Juan.—¿Y no se puede saber
 El objeto de tu amor?
- D. Carlos.—¿Es una perla, una flor!
 ¡La más hermosa mujer!
 Cierto que es un poco dura,
 Algo altiva y desdenosa;
 Pero, vaya, es una rosa.
 La reina de la hermosura.
- D. Juan.—¿Pero es mexicana?
- D. Carlos.— Sí:
 ¿Pues qué pensabas que fuera?
- D. Juan.—Juzgué que alguna extranjera,
 Pues nada te gusta aquí.
- D. Carlos.—Nada me gusta, es verdad,

- A excepción de las hermosas,
Los diamantes y otras cosas.
- D. Juan.—Tú tienes mucha bondad.
¿Pero el nombre de tu bella
Cuál es, por fin?
- D. Carlos.— Mariquita:
¡Ay! mi corazón palpita
Al nombrarla.
- D. Juan.— ¿Con que es ella?
Y estás muy adelantado?
- D. Carlos.—No; no mucho ciertamente,
Porque apenas soy suplente,
Pues la lista se ha llenado:
Siete propietarios son.
- D. Juan.—¿Y cuál será mi lugar?
- D. Carlos.—No es fácil adivinar.
- D. Juan.—¡Ay, qué grande corazón!
- D. Carlos.—Un corazón de oficina,
Donde hay muchos pretendientes,
Y cesantes, y suplentes;
¡Vaya una cosa divina!
Pero tú, por fin, Juanito,
¿Elegirás á Leonor?
Tiene un rostro encantador:
Tiene un cuerpo muy bonito.
Vamos, díme lo, maldito,
¡No he visto hombre más taimado!
Eres, Juan, muy reservado;
Mas no lo seas conmigo,
Soy tu verdadero amigo,
Y estoy por tí interesado.
Vamos; di con claridad,
¿A cuál de las tres prefieres?

- D. Juan.—A ninguna.
- D. Carlos.— ¡Cómo! ¿Quieres
Ocultarme la verdad?
- D. Juan.—Hablo con sinceridad.
- D. Carlos.—¿De veras? pues son hermosas
Y ricas.
- D. Juan.— Estas dos cosas,
Carlos, no son suficientes.
- D. Carlos.—¡Qué malditos pretendientes!
¿Qué buscan en sus esposas?
Clara es buena.
- D. Juan.— Tiene gracia,
Y un corazón excelente;
Pero si está eternamente
Hablando de diplomacia!
- D. Carlos.—¿Con que aquesta es su des-
(gracia?)
- D. Juan.—Sí, Carlos, en mi opinión;
Habla de legislación,
De hacienda, de policía.
Ocuparse todo el día,
De Ovidio y de Cicerón,
Solamente por pasar
Por erudita; y en fin,
Disparates en latín
A todas horas hablar:
No se puede tolerar,
Amigo, en una mujer.
- D. Carlos.—¿Con que no puede tener
Una joven instrucción?
- D. Juan.—Sí; pero no esa hinchazón
Que lo echa todo á perder.

- D. Carlos.—¡ Muy bien! mas de Mariquita
La hermosura.....
- D. Juan.— Es una flor,
Que el vientecillo menor
La destruye ó la marchita;
No basta, no, ser bonita,
Ser graciosa y elegante,
Para tener un amante
Y fijar su corazón;
Es preciso discreción,
Y no ser tan inconstante.
La que sólo piensa hacer
Diariamente una conquista,
Para tener en su lista
Un nombre más que poner:
La que no sabe querer,
Y pretende ser querida,
Pronto será conocida,
Y obtendrá en lugar de amor,
Desprecio, siendo el dolor
Patrimonio de su vida;
Aunque sea tan hermosa
Como el estrellado cielo,
Un acabado modelo
De las gracias, una diosa,
Yo no quiero para esposa
Una mujer inconstante:
La que no tiene un amante,
Sino siete y un suplente,
¿Quién duda que de repente
Deje al marido cesante?
- D. Carlos.—¡ Bravo! mas si no te agrada

- Por su inconstancia María,
La dulce melancolía
De Leonor...
- D. Juan.— Es demasiada:
Siempre se encuentra ocupada
En llorar.
- D. Carlos.— ¡ Oh! sí, Leonor
Es un ente de dolor
Que se alimenta con llanto.
- D. Juan.— Si no derramara tanto,
Fuera sin duda mejor.
¿De qué me sirve tener
Una tan llorona esposa,
Que no piensa en otra cosa
Que en suspirar y en leer?
No, Carlos, yo quiero ver
En mi amable compañera,
La sonrisa placentera,
La dulce sinceridad
Y una sensibilidad
Moderada y verdadera.
- D. Carlos.— Dificil de contentar
Eres, Juan: ¿mas no es aquella
Leonor? sí, mira qué bella;
(Tomando su sombrero)
Solos os voy á dejar.
- D. Juan.— (Deteniéndolo)
No, no; tengo que acabar
Cierta negocio, y así
Con ella te deajo aquí.
- D. Carlos.— Eres, Juan, hombre muy frío.
- D. Juan.— Tú eres fuego, amigo mío

Enamórala por mí.
Hasta luego. (Se va.)

ESCENA III

DON CARLOS.

¡Qué Juan! muestra una calma
Que no he visto mayor! ¿y quién pudiera
Al verlo así, pensar que de la Europa
Acaba de llegar? nada aprovecha.
A ciertas gentes el viajar: en vano
Gastan en ver el mundo sus pesetas;
Ven como en un baúl, vuelven lo mismo;
Siempre lo mismo, cuando no más bestias;
Pero... llega Leonor: jamás he visto
Más llorona hermosura: no, con esta
Es preciso tomar otro semblante
Que con la Mariquita: ¡vamos, ea!
Dejemos un momento la alegría;
Ya soy otro hombre: la mirada inquieta,
Semblante melancólico, lenguaje
Lleno unas veces de calor y fuerza;
Otras dulce, extraviado, misterioso;
Un romántico, en fin, á la moderna,
Un héroe de Dumas, ó Victor Hugo,
Un Antony, un Rodolfo... mas ya llega
Póngome en actitud de quien medita.
(Se sienta pensativo en un sofá.)

ESCENA IV

DON CARLOS, LEONOR.

(Sale leyendo Leonor, y se sienta en el mismo sofá en que está Don Carlos, sin verlo. Un rato de pausa.)

D. Carlos.—¡Pues no repara en mí! ¡cómo
(se entrega

A la ternura!! Si del mismo modo
Que se ocupa en romances y novelas,
Se ocupara en leer libros devotos,
Fuera santa Leonor, hecha y derecha!
Llamaré su atención con un suspiro.

(Suspira.)

Otro más fuerte. (Vuelve á suspirar).
Nada, ni por esas. (Alto).

¡Infelice de mí!

Leo.— (Dejando de leer.)

¡Qué voz! Carlitos,

¿Estaba usted aquí?

D. Carlos.— Sí, Leonor bella;
Pero no he visto á usted.

Leo.— Ni yo tampoco.

Ocupada en mirar las cartas tiernas
De la sensible Julia, me encontraba
Muy lejos de este sitio; con qué fuerza
Saint-Preux, expresa su pasión terrible.
¿Mas qué milagro es éste? ¿La tristeza

Añije á usted, Carlitos?

D. Carlos.— Sí, señora;

Sí, Leonor adorable; mi alma llena

De amargura....

Leo.— ¿Amargura? es muy extraño
En usted ese humor.

D. Carlos.— Los hombres piensan
Que otro es feliz cuando en su labio asoma
La risa: ¿cuál se engañan! si pudieran
Descubrir los horrores, los martirios,
Los atroces tormentos que se encuentran
Bajo un rostro festivo!

Leo.— ¿Desgraciado!

¿Con que padece usted?

D. Carlos.— Horribles penas,
Que procuro ocultar bajo el semblante
De la felicidad.

Leo.— ¿Podré saberlas?

D. Carlos.— No, no; jamás! conmigo á mi
(sepulcro

Bajará mi secreto: ¡allí me espera
La dulce paz, asilo silencioso!
¡Unico asilo que mi pecho anhela!
¡Cuándo por fin, bajo tu helada losa
Lograré reposar!

Leo.— ¿Tristes ideas!
Comuníqueme usted sus infortunios:

¿No ha conocido usted cuánto consuela
Confiar nuestros males á un amigo?

D. Carlos.— ¡Mujer encantadora! el alma
(tierna

De usted va á conmovirse y.... ¿mas qué
(digo?

Me arrojará tal vez de su presencia,
Cuando el velo se rompa que me cubre.
Me odiará usted.

Leo.— ¿Por qué? aun cuando fuera
El secreto de usted un negro crimen,
No le odiaré.

D. Carlos.— Pues bien, amiga bella,
Escuche usted mi desgraciada historia;
Penetre usted los males que me cercan.

En el asilo paterno
Pasaba alegre la vida,
¿No respiraba ¡qué gozo!
No probaba ¡qué delicia!
Ilusiones pasajeras

Que duran tan pocos días.

Leo.— Es verdad, vea usted en Julia...

D. Carlos.— ¿Julia, ó "La Nueva Eloisa?"

Leo.— Sí, señor; ¡la desdichada

Unicamente veía

En lo futuro placeres!

Mas prosiga usted.

D. Carlos.— ¿Amiga!

¿Por qué no serán eternos
De nuestra infancia tranquila

Los instantes? Pero viene

La juventud, Leonor mía,

Y con ella los tormentos

Del amor; á nuestra vista

Se presenta este tirano

Como un niño, cuya risa

Nos engaña fácilmente:

Pero después su perfidia

Conocemos; es ya tarde,
 Nuestra calma está perdida!
 Leo.—¡Perdida; sí, sin remedio!
 D. Carlos.—Nunca olvidaré aquel día,
 En que vi por vez primera
 Una hermosura divina,
 Un ángel en el semblante,
 Pero que ocultaba impía
 Un corazón inhumano.
 Fué... sí, fué en las Tullerías....
 Perdí mi alma al mirarla,
 Y mi penetrante vista
 Descubrió al fin su morada:
 Me eché á sus pies, y creía
 Ser ya dichoso: ¡inhumana!
 Correspondió á mis caricias
 Con palabras engañosas:
 Sí, mi Carlitos, decía,
 ¡Cómo no amar á un Adónis!
 (Pues todas, Leonor querida,
 Me llamaban así en Francia.)
 ¡Oh mujer, mujer inicua!
 Mientras á mí me engañaba,
 Supe que correspondía
 A otro, y para más vergüenza,
 Para mayor ignominia,
 Era mi rival un viejo
 Setentón, que no tenía
 Esta pierna, ni este talle,
 Ni este corazón, querida:
 Este corazón amante
 Lleno de honor: la barriga

De mi rival era inmensa,
 Eran sus piernas torcidas,
 Apagado el ojo izquierdo:
 Nariz muy larga y raída:
 Usaba siempre peluca,
 Pues ni un cabello tenía.
 Y lo que es más, ¡oh tormento!
 ¡Oh colmo de la ignominia!
 Era un clásico.
 Leo.— ¡Qué monstruo!
 ¡Un clásico!
 D. Carlos.— Ardiendo en ira,
 Pido una satisfacción
 A mi gordo antagonista:
 Salimos al campo; el viejo
 Conservaba todavía,
 A pesar de sus achaques,
 Una fuerza desmedida:
 El exceso de coraje
 Me perdió al fin, y una herida
 En el brazo, de la espada
 Recibí.
 Leo.— ¡Suerte enemiga!
 D. Carlos.—Desesperado, resuelvo
 Abandonar á la harpía
 Que fué causa de mis males,
 Y pasar siempre mi vida
 Engañando á las mujeres.
 Enamoré á una modista,
 Luego á una vieja marquesa,
 Después á una bailarina...
 Leo.— ¡Qué inconstancia!

D. Carlos.— Si, Leonor,
Imaginé que podía
Vivir sin amar, ¡en vano!
Que los cielos me destinan
Otras penas; ¡ay! ¡qué poco
Mi corazón conocía!
Una beldad, una copia
Del cielo... ved cuál palpita
Mi corazón: no, no puedo
Vivir en esta agonía;
Yo me abraso.

Leo.— ¡Desdichado!

D. Carlos.— Pronto acabará mi vida:
Pronto á la tumba bajando,
Terminarán mis desdichas.

Leo.— ¿Pero quién es el objeto
De vuestro amor? ¿Quién agita
De ese modo vuestro pecho?
Decídselo á vuestra amiga.

D. Carlos.— ¡Amiga, amiga! ¡oh tormen-
(to!

¡Palabra fatal! ¡impía!!
¿Amiga? no. Para siempre
Adiós, Leonor! Compasiva
Derrame usted una gota
De llanto en mi tumba fría.

Leo.— ¿Pero no sabré?

D. Carlos.— Señora,
Señora, no más exija
Usted que yo le descubra
Lo que en mi pecho se abriga.
¿Mi ya lánguida constancia

Por qué apurar? yo debía
Haber huído por siempre
De usted, fatal enemiga
De mi reposo: este objeto
Que idolatra el alma mía,
Este fuego en que me abraso,
Esta llama que me anima,
Es usted, sí, Leonor bella.
Desde aquel funesto día
En que vi esos ojos bellos,
Esa boca purpurina,
A que presta más encanto
Melancólica sonrisa,
Huyó mi razón: en vano
Ocultarlo á usted quería;
¡Era imposible! al instante
Que fijé en usted mi vista,
Olvidé mis aventuras,
Mi desafío, mi herida,
La crueldad de aquella ingrata,
La tienda de mi modista,
Los dones de mi marquesa,
Los pies de mi bailarina:
Todo, todo lo he olvidado,
Queriendo bajo la risa
Ocultar lo que padezco;
Pero en vano... siempre fija
Aquí esa imagen preciosa....

Leo.— ¡Carlos!

D. Carlos.— En mi fantasía
Está usted en todas partes;
En las calles, en la Viga,

La Alameda, Bucareli,
En el portal; hasta en misa,
Me parece que estoy viendo
Esa mirada divina,
"Toujours! toujours!"

Leo.— Pero, Carlos...
Usted sin duda delira:
Yo pensé que usted amaba
A mi hermana.

D. Carlos.— ¿A Mariquita?
No, Leonor! es muy ligera,
Es un "papillon" María,
Esto es, una mariposa;
Mi corazón necesita
Sensaciones más profundas.

Leo.—Pero como usted decía
Hace poco, que dos meses
Era constancia inaudita...

D. Carlos.—Fué por sólo disimulo.
¿Dos meses? ¡ay! una vida
Fuera, Leonor, un momento,
Para amar á usted: amiga,
Deme usted, deme su mano;
¿No siente usted cómo brinca
Este corazón?

Leo.— Es cierto.

D. Carlos.— (Arrodillándose)
Una palabra la vida
Me dará, mi bien amada:
"Ma bien-aimée, dona mia"...
¿En qué idioma decir puedo
Lo que tus ojos me inspiran?

Serás mi Julia, mi Clara,
Mi Pamela, mi Malvina,
Mi Andrómaca, mi Zoráida,
Mi Adelaide, mi Etelvina;
Y yo seré tu Abelardo,
Tu Polión, tu Oscar, sería
Hasta trovador sin duda,
Si me amaras, ¿tanta dicha
No gozaré?

Leo.— No, no, Carlos:
Amo á Juanito.

D. Carlos.— (Levantándose despechado)
¡Ah! maldita,
Maldita mi vida sea!

Leo.—Cálmese usted.

D. Carlos.— Decidida
Está mi suerte: un momento
De valor se necesita
Nada más.... Adiós, señora,

(Yéndose)

Adiós; viva usted tranquila.

Leo.— (Deteniéndole.)

Oiga usted (se va á matar
Como Werter), de rodillas
Suplico, á usted que no atente
Contra sus preciosos días.

D. Carlos.—¡Levántate, ángel del cielo!
¿Tú postrada, tú abatida
A mis plantas? no; tú mandas,
Haré cuanto tú me pidas;
Hasta el sacrificio inmenso
De vivir; pero á otros climas

Marcharé, Leonor, y sólo
 Por consolarme querría
 Llevar conmigo una prenda,
 "Un souvenir."

Leo.— ¡Alma fina!

¡Cuánto engaña la apariencia!

¡Qué mal yo le conocía!

Sí, Carlitos, es muy justo:

Tal vez esta despedida

Será eterna: daré á usted

Alguna flor, una cinta,

Algún rizo de mi pelo.

D. Carlos.— (Quitándole un anillo.)

Es mejor esta sortija,

Que llevándola en mi dedo

La tendré siempre á la vista.

Sí, Leonor, hasta la tumba

Me acompañará. (Mirando el anillo)

(¡Qué rica!)

Partiré, sí, estoy resuelto,

Dentro de muy pocos días.....

(Ruido dentro.)

¡Pero qué voces? se acercan

Los demás de la familia:

Es fuerza tranquilizarme;

Vuelvo pronto. Adiós, amiga.

(No es un comercio tan malo,

Dar suspiros por sortijas.)

ESCENA V

LEONOR

Pobre muchacho, me da

Su tormento compasión:

Mi sensible corazón

Se iba conmoviendo ya;

Pero es fuerza ser constante:

¿Qué se dijera de mí

Si cambiar pudiese así

De objetos en un instante?

Se contenta el pobrecillo,

Ya que no tiene mi amor,

Con engañar su dolor,

Llevando sólo un anillo:

Haga el cielo venturoso

Su corazón, entre tanto:

Por él verteré algún llanto;

Mas no turbe mi reposo.

ESCENA VI

LEONOR, CLARA, MARIQUITA.

Clara.—Te lo repito, María,

También debe la mujer

La política entender,

Y las cuestiones del día:

¿Por qué tan sólo el varón
 A esto se ha de dedicar?
 Yo puedo muy bien entrar
 En cualquiera discusión;
 Gracias á Dios, he podido
 Los publicistas mejores
 Entender, y no hay autores
 Graves que no haya leído.
 Horacio, el gran Cicerón,
 Ovidio, Petrarca, Tasso,
 Cervantes, y Garcilaso,
 Mariana, Solís, Buffon,
 Comedias de Moratin,
 Burlamaqui, Pedralieri,
 De Pradt, Humboldt, Filangieri.
 María.—Por Dios que ya pongas fin
 A esa lista interminable:
 ¿Es preciso acaso leer
 Tantos libros, para ser
 Una joven apreciable?
 Tú con todos tus autores
 No tendrás un solo amante;
 Yo le conquisto al instante
 Con mis rizos y mis flores:
 Por las estampas no más,
 El "No me olvides" compré:
 De mirarlas me cansé;
 No le he vuelto á ver jamás.
 Cantar, bailar y reir,
 Debe sólo la mujer:
 Esto se llama placer,
 Y lo demás es morir.
 Clara.—¡Qué sistema tan fatal!

Però ha de llegar un día,
 En que conozcas, María,
 Que has hecho en esto muy mal:
 Pensarás con madurez
 En teniendo cierta edad.
 María.—Goce de mi mocedad
 Mientras llega la vejez:
 Entonces podré pensar
 En lo que tú me aconsejas,
 O como otras muchas viejas,
 Me ocuparé en murmurar.
 Però por hoy todavía
 Sólo pierdo en el paseo,
 Los bailes, el coliseo.
 Leo.—¡Cuán feliz eres, María!
 Nunca te he visto llorar,
 No conoces el dolor.
 María.—¿Por qué afligirme, Leonor?
 Leo.—¡Quién te pudiera imitar!
 Clara.—¿Y tú qué ganas con leer
 Cosas que te afligen tanto?
 Leo.—Halló en el dolor encanto,
 Hallo en el llanto placer.
 Clara.—A cual más incorregible;
 Predicar en vano fuera:
 Una en extremo ligera,
 Otra en extremo sensible.
 (Toma un libro.)
 Mi lectura seguiré:
 ¡Oh, qué tesoro es la historia!
 Leo.— (Toma un libro.)
 Julia, vuelve á mi memoria
 Calderón.—84

María.—(Toma un cuaderno que habrá so-
brá la mesa.)

Yo, las estampas veré
En este diario de modas:
¡Qué bonito está este traje!...
Estos adornos de encaje
Le dan mucha gracia.

ESCENA VII

Dichas, DON TIMOTEO, Da. SERAPIA,
DON ANTONIO.

(Observándolas desde la puerta.)

- D. Tim.— Todas
Leen; ¡oh qué satisfacción!
Mírelas usted allí:
Vea usted el efecto aquí
De una buena educación.
- Da. Ser.— ¡Qué tal, si son de importancia!
Tiene razón de decir
Carlitos, que pueden ir
Al mismo París de Francia.
- D. Tim.— ¡Muy bien, hijitas, muy bien!
Excelente ocupación!
(A Don Antonio, aparte.)
¿Qué tal?
- D. Ant.— Tiene usted razón.
- D. Tim.— Dios me las conserve.
- Da. Ser.— ¡Amén!
- D. Ant.— ¿Pero dónde está Don Juan?

- D. Tim.— ¿Y Carlitos?
- Da. Ser.— ¿Qué, se fueron?
- María.— Hace poco que salieron:
Pero pronto volverán.
- D. Tim.— ¡Es dichosa mi vejez!
(A D. Antonio, aparte)
¿Quiere usted ver la instrucción
De Clara? una discusión...
- D. Ant.— Juguemos al ajedrez.
- D. Tim.— Como usted guste.
- Da. Ser.— Sí, sí;
Haber si sacudo el sueño
Viendo jugar.
- D. Ant.— (A D. Timoteo.)
El empeño
No era malo.— Usted aquí.
(Se sientan á jugar.)
- María.— ¡Oh, qué traje tan magnífico!
Tiene un estilo romántico;
Es precioso, elegantísimo,
¡Si tuviera yo uno igual!
- Clara.— ¡A quién no le causa lástima,
Grecia, tu estado tristísimo!
¡Ya no eres hoy más que un páramo!
- María.— ¡Jesús, qué bonito schal!
- Clara.— ¿Dónde está tu furor bélico?
¿Dónde tus héroes fortísimos?
Huyeron cual humo rápido,
Al soplo del aquilón.
- María.— Esto sí que está muy clásico;
Estos moños son feísimos.
- Da. Ser.— Timoteo, ¡cómo, cándido!
Jaque al rey; come el peón.

D. Tim.—Es verdad; soy un autómeta.
Da. Ser.—Pues Don Antonio es diestrísimo. (mo.)

D. Ant.—No tal.

Clara.— ¡Oh, pueblo magnánimo,
Tu grandeza acabó ya,
Tus hijos, cual siervos tímidos,
Inclinan la frente lánguida,
Bajo de un yugo despótico:
¿Y Leónidas dónde está?
En el sepulcro.

Leo.— Mis lágrimas
Corren! ¡oh joven bellísima!
Pasaron como relámpago
Los placeres de tu amor.
Contra el destino tiránico,
Lucha en vano el hombre misero,
La tumba es el puerto único
Donde se acaba el dolor;
Bajo su losa benéfica
Se goza un sueño pacífico;
La muerte es el solo bálsamo
Contra tanto padecer.
Ven, muerte, tu aspecto pálido
Llena mi pecho de júbilo:
Adiós, contentos efímeros,
Adiós, sueños de placer.

Clara.—Europa, Europa, levántate,
Socorre á Grecia, apresúrate;
En todo el mundo respétese
La libertad y la ley.
La negra sangre derrámese,

De guerra el estruendo horrisono
Se alce, y por do quiera escúchese
El grito de...

D. Tim.— ¡Jaque al rey!

Clara.—Si, si, que resuene el cántico
De libertad.

María.— ¡Qué diabólico

Está este sombrero!

Leo.— Víctimas

Produce sólo el amor.

Eres un sueño fantástico,

Felicidad.

Clara.— ¡Tropos góticos

De Europa, tocáis al término!

María.—Este traje está mejor.

ESCENA VIII

Dichos, DON CARLOS.

D. Carlos.—Repito que no hay en México
Ilustración; son muy bárbaros;
Todo aquí es malo, malísimo,
"Epouvantable!" ¡qué horror!

María.—Carlitos...

D. Carlos.— ¡Estoy frenético!

¡Estoy rabiando de cólera!

¿Una mancha? ¡Santa Bárbara!

¡Una mancha!

Leo.— ¿En el honor?

D. Carlos.—Mejor fuera; ¡oh calles pési-
(mas!